

● Elizabeth Bowen retrata un mundo que desaparecía para siempre en 'El último septiembre', una novela sobre el peso del linaje y los recuerdos

Un drama proustiano

EL ÚLTIMO SEPTIEMBRE

Elizabeth Bowen. Trad. María Belmonte. Acantilado. Barcelona, 2013. 336 páginas. 22 euros

Manuel Gregorio González

En un célebre relato de Borges, *Tema del traidor y el héroe*, un cabecilla irlandés es ejecutado por sus compañeros al revelarse, ineludiblemente, como traidor. Sin embargo, para que dicha ejecución sea fructífera, el cabecilla muere asesinado como un héroe de la patria irlandesa. Se solapan así, en un mismo acto, la eliminación del traidor y la espiritualización del héroe; se conjugan, diríamos, el perdón del desafecto y la irrelevancia, la fractura, la imposibilidad del heroísmo. Algo de esto, sólo que al modo proustiano,



encontramos en la novela de Elizabeth Bowen, *El último septiembre*: cierta heroicidad *post mortem* y la agitada pulsación de una Irlanda (la Irlanda de 1920, cuando se recrude-

cen los asesinatos del IRA con la llegada de los Blacks and Tans), que se encaminaba a la guerra civil tras la decisiva intervención de Michael Collins.

Bowen, en un clarificador posfacio, señala que con esta novela había intentado transmitir no sólo el tono encantador y melancólico del mes de septiembre, sino la sensación de que el mundo contenido en ella, el mundo de la nobleza angloirlandesa en una Irlanda ocupada por guarniciones imperiales, se había disuelto para siempre. No en vano, la obra viene encabezada por una cita de



La escritora Elizabeth Bowen (Dublín, 7 de junio de 1899 - Kent, 22 de febrero de 1973), en primer plano.

Proust en *El tiempo recobrado*: "Tienen la insatisfacción de los vírgenes y los perezosos", cuyo significado y cuyo alcance se irá haciendo patente al avanzar en su lectura. No obstante, y a pesar de la mención proustiana, *El último septiembre* (1928) utiliza una estrategia muy diversa, quizá contraria, a la escogida por el escritor francés para fijar la indolencia, el frívolo estupor y la incomodidad de ese pequeño mundo provincia-

no amenazado por los rebeldes. Quiere decirse que donde Proust, partiendo de la libre asociación de recuerdos, acude a una minuciosa obra de saturación memorística, desde la que se alza el busto arenoso del ayer, Bowen se sirve de la insinuación, de la sugerencia, para captar de un modo sintético ese pasado deslumbrante y aciago que se resume eficazmente en la novela. En este sentido, no sabemos si la escritura de Bowen

responde al ánimo evocativo de la novela victoriana y de la novela romántica en general, o a la moderna voluntad de concisión que hallará su expresión más depurada en los diálogos vivos y precisos, de extraordinaria economía, que logra la novela negra por aquellos días (recuerden el elogio de Cernuda a Dashiell Hammett en detrimento de Hemingway).

El influjo proustiano en Bowen es, pues, de otro orden. Un orden

que no es de naturaleza técnica, sino de carácter intelectual. Dicha influencia se basa en la primacía, en la importancia, en la presencia de lo *inconsciente* en el origen y la articulación de la obra. Vale decir, de aquello que queda al margen de la deliberada intención de su autor y que, sin embargo, aflora a las páginas de la novela otorgándole un espesor, una coherencia, un clima, sobre el que los personajes se deslizan inadvertidamente. La propia Elizabeth Bowen es quien señala esta cualidad invasiva de los recuerdos a la hora de redactar su novela, indicando, de paso, la importancia caudal de la casa solariega -Danielstown- en la conformación de la trama. De hecho, Da-

El libro se abre con una cita de Proust, pero Bowen tiene una estrategia muy distinta

nielstown es, en última instancia, el personaje principal de la novela, dotado, en cierto modo, de vida propia; pero no a la manera de Poe y la casa Usher (esto es, como una encarnación diabólica, trasfundiéndose de sus antiguos moradores al inmueble), sino como ocurre en las solitarias mansiones de Faulkner, donde el peso del linaje, el yugo de la tradición, una brumosa costumbre secular, desfigura y ahorma a sus habitantes. Los habitantes de Danielstown son nobles en un ambiente aldeano; son protestantes en una Irlanda católica, son filobritánicos en un momento crucial de la autonomía irlandesa. Aún así, viven esta insularidad con elegante frivolidad y desgana. Y será la presencia de la tropa ocupante -el amor de un joven suboficial británico con una muchacha irlandesa-, lo que precipite los hechos y revele el frágil equilibrio en el que se sustentan los pobladores de Danielstown. Es de suponer que, en buena parte, ese es el significado de *El último septiembre*. No sólo el final de una estación y una época. También el fin de una cómoda y sutil ambigüedad, devorada abruptamente por la guerra.

EL CAMINO AL LAGO DESIERTO

Franz Kain. Trad. Richard Gross. Periférica. Cáceres, 2013. 112 páginas. 15 euros

Ignacio F. Garmendia

Fue una etapa más en la previsible caída de aquella repugnante cuadrilla de malhechores que se creyeron dioses, pero para entonces ya había pasado el tiempo de los exquisitos lamentos y las orgías desesperadas. El Tercer Imperio se había derrumbado y los jerarcas nazis huían como ratas del más que merecido castigo a sus monstruosos crímenes. Algunos consiguieron escapar, otros se suicidaron o

Viaje a ninguna parte

fueron apresados y felizmente ejecutados. Entre esas ratas se encontraba Ernst Kaltenbrunner, sucesor del sinuoso Heydrich y estrecho colaborador del despiadado Himmler, que como otros de sus camaradas buscó refugio en la región alpina del Salzkammergut. La huida fue recreada por Franz Kain (1922-1997) en una hermosa y terrible novela de mediados de los 70 donde el narrador austriaco imaginó cómo habría podido ser esa última escapada de Kaltenbrunner

antes de su arresto por las tropas norteamericanas, que lo entregaron a los jueces de Núremberg.

La edición de Periférica acompaña *El camino al lago Desierto* de un esclarecedor posfacio de Sigurd Paul Scheichl donde se diseccionan las claves, no siempre expresas, de la novela, que puede disfrutarse



sin atender a ellas pero se aprecia en mayor medida si conocemos las alusiones soterradas. El viaje a ninguna parte de Kaltenbrunner se divide en nueve capítulos que se cierran en la mayoría de los casos con evocaciones de la vida o la muerte en el campo de Mauthausen, "junto al río de los nibelungos", uno de los nombres malditos de la geografía del horror. El narrador alterna el relato de la fuga a través de las Montañas Muertas, descritas en pasajes de turbadora

belleza, con los pensamientos del fugitivo, que se autoengaña con vanas justificaciones y sueña con regresar a una posición de mando. La escritura, muy precisa, es compatible con un denso trasfondo simbólico que recuerda, salvando las distancias, el de obras como la alegórica *Sobre los acantilados de mármol*, pero no tiene ese carácter críptico o en definitiva inhóspito que complica la novela de Jünger. Menos elevado pero más inequívoco, Kain retrata con trazos indelebiles el orgullo demencial de quienes eran tan arrogantes que ni siquiera tuvieron conciencia -o se conjuraron para olvidarlos- de la magnitud de sus delitos.